

Ángel Emilio Muñoz Cardona

Resumen

El fin del presente ensayo es mostrar cómo debería ser entendido hoy el término utilitarismo desde la economía política y desde la filosofía moral. Generalmente se asocia el término utilitario a una persona o a una acción política o social con una calificación despectiva, que da a entender una posición altamente egoísta de utilización fría y calculadora. Lo que no debería de ser así, ya que el fin que perseguían los filósofos y economistas del siglo XVIII como: Francis Hutcheson, Adam Smith, Jeremy Bentham y John Stuart Mill fue la de ilustrar cuál es la importancia social de buscar en cada una de las acciones particulares el bienestar general. Es decir, encontrar la mejor manera de mostrar el mal que representa tanto para sí mismo como para la construcción de una sociedad próspera y pujante el egoísmo (*selfishness*). Por lo tanto, el utilitarismo debería ser visto y entendido como la preocupación filosófica y de la economía política más importante (desde el siglo XVIII hasta nuestros días) en la búsqueda por el bienestar social como un todo. En otras palabras, lo bueno que por naturaleza significa para el hombre la satisfacción en el cuidado de su yo social, en su *self love*.

Palabras clave: Utilidad, utilitarismo, amor propio o cuidado de sí, egoísmo no moderado y prudencia.

Abstract

The purpose of this essay is to show how it should be understood today the term utilitarianism since the economy from politics and moral philosophy. Usually the term is associated utility to a person or a political or social action with a derogatory rating, which implied a position to use highly selfish and cold calculator. What we should not be so, since the end pursued by philosophers and economists of the eighteenth century: Francis Hutcheson, Adam Smith, Jeremy Bentham and John Stuart Mill was to illustrate what the social importance of search in each of individual actions the general welfare. That is, finding the best way to show that evil is as much for himself as for the construction of a prosperous and vibrant society selfishness (*selfishness*). Therefore, the utilitarianism should be seen and understood as the philosophical concern and the most important political economy (from the eighteenth century to the present day) in the quest for social welfare as a whole. In other words, the good that by nature means to the man's satisfaction in the care of their social self, in its *self love*.

Keywords: Utility, utilitarianism, self-esteem or self-care, selfishness unmoderated and prudence.

JEL Classification: A12, B12, D64

La utilidad como satisfacción de sí

Ángel Emilio Muñoz Cardona.*

“Así en vano se afana el hombre siempre
y de continuo se atormenta en vano
y en ciudades superfluas gasta el tiempo
porque no pone limite al deseo
y porque no conoce hasta qué punto
el placer verdadero va creciendo
esto es lo que ha lanzado poco a poco
entre borrascas a la vida humana.”

Lucrecio

Bentham y el utilitarismo.

Henry Sidgwick en su libro “*Bosquejos de la historia de las éticas*”¹ relata una breve historia de la tradición utilitarista, la cual según el autor, comienza en *An Inquiry Concerning Virtue and Merit* de Shaftesbury (1711), y con *An Inquiry Concerning Moral Good and Evil* de Francis Hutcheson (1725). Éste último filósofo moral parece haber sido el primero en definir con mayor claridad el principio de utilidad como un juicio valorativo de las acciones, de la siguiente manera:

“La mejor acción es aquella que procura la mayor felicidad al mayor número y la peor acción la que, del mismo modo, otorga miseria”.²

* Economista de la Universidad de Antioquia, Especialista en Economía del Sector Público de la Universidad Autónoma, Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Aspirante al título de Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor e investigador de la Universidad de Antioquia. Coordinador del área de sociohumanística. Facultad de Ingeniería. Fundador de la Revista MiPyMe. angelemil@gmail.com. Fecha de recepción 01 de febrero de 2008. Fecha de aceptación 01 abril de 2008.

¹ Sidgwick, Henry. (1902). *Outlines of the History of Ethics*. London, Macmillan, fifth editions.

² Hutcheson, Francis (1725). *An Inquiry Concerning Moral Good and Evil*. D.D. Raphael, British Moralists. Clarendon Press, Oxford, 1969, Volumen I, seccion III, §8.

Pero la definición de utilidad que más eco llegó a tener por su innovación metodológica durante el siglo XVIII en la ciencia de la economía Política fue la de Jeremy Bentham en 1789:

“Por el principio de utilidad se entiende aquel principio que aprueba o desaprueba toda acción según la tendencia que demuestre tener para aumentar o disminuir la felicidad de la parte cuyo interés está en juego... no sólo de cada una de las acciones de un individuo privado, sino de toda acción de gobierno.”³

El diccionario de Economía Política del economista italiano, Claudio Napoleoni encuentra otra definición del concepto utilidad en el texto “*An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*”, la cual traduce así:

“Por utilidad se entiende aquella propiedad de un objeto en virtud de la cual éste tiende a procurar una ventaja, un placer, una cantidad de bien o felicidad, o lo que es lo mismo, a impedir que se produzca un mal, un daño a aquello cuyo interés se persigue.”⁴

Es digno anotarse en la primera declaración la mínima distinción que hace Bentham entre moral y legislación dándole un carácter científico, en el sentido newtoniano, a la teoría de la moral y la legislación, es decir, abandonando cualquier otra definición utilitaria que tenga origen en los sentimientos particulares. La felicidad no como una búsqueda individual de utilidad y satisfacción personal, sino la felicidad general, la satisfacción del mayor número de personas. Para Adam Smith (1759),⁵ por el contrario, la utilidad como cualquier otro orden natural lograba su armonía dejando obrar en libertad las acciones o las voluntades de los hombres. Quienes basados en los sentimientos de la simpatía, de la correcta prudencia y del amor propio (*self love*) como de su ser natural de seres racionales eran capaces de moderar sus acciones, de esta manera, los egoísmos individuales de la naturaleza humana se armonizan espontáneamente en una economía de hombres libres.⁶

³ Bentham, Jeremy. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford: The Clarendon Press, 1879. Page 17.

⁴ Napoleoni, Claudio. (1956). *Diccionario de economía política*. Valencia- España: Editorial Alfredo Ortells, Tomo II, edición de 1982.

⁵ Smith, Adam. (1759). *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza, Parte IV. Del efecto de la utilidad sobre el sentimiento de la aprobación, páginas 325-336, edición de 1997.

⁶ Muñoz Cardona, Ángel Emilio. 2006. “Del sentimiento de la prudencia o la mano invisible de la moral”

John Stuart Mill es quizás el autor que mejor aclara el término felicidad, en su reclamo al olvido de los sentimientos en Bentham.⁷

“Habiendo estado, Bentham, acostumbrado desde muy pronto a tener enfocada su mente en la felicidad del género humano (o, por mejor decirlo, de todo el mundo sentiente), como la única cosa deseable de suyo, o capaz de hacer cualquier otra deseable, confundió todos los sentimientos desinteresados que encontró dentro de sí, con el deseo de felicidad general, igual que algunos escritores religiosos que amaron la virtud en sí misma en la medida máxima en que los hombres pueden hacerlo confundieron habitualmente su amor a la virtud con su miedo al infierno.”⁸

Para Mill, la felicidad es una conquista humana, fruto del desarrollo de las capacidades de autogobierno y de participación en la vida pública. No es el resultado de las acciones políticas de un gobernante, como lo pensaba Bentham, sino del logro de los sueños individuales, de las autorrealizaciones, de la capacidad de autogobierno. Lo que el Estado debe hacer es propiciar el terreno para el libre ejercicio de la voluntad del hombre, crear un ambiente propicio a través del fomento de una conciencia social de respeto y tolerancia. Establecer las leyes que ayuden a la preservación de una vida social de goce. En otras palabras, Mill no ve en la ejecución de obras públicas del gobernante benévolo la fuente de felicidad pública, sino en la categoría humana de los individuos quienes gobernados bajo principios de libertad, igualdad y justicia, pueden hallarla bajo el ejercicio de su autogobierno. Es decir, de aquellas libertades que promueven el desarrollo de su personalidad. Lo que justifica la acción de gobernar es el conseguir individuos mejores

Revista Lecturas de Economía, Universidad de Antioquia, Medellín, julio- diciembre, número 65, pp 223-240. En este artículo el autor intenta defender la teoría de la *mano invisible* de Adam Smith de la crítica de John Nash quien basado en la disciplina matemática de la teoría de los juegos intenta derrumbar, olvidándose de los antecedentes morales que preceden las acciones entre los hombres. Para el escocés, Adam Smith, los seres humanos no son únicamente autointeresados porque ellos tienen conciencia moral, amor propio y existencia socializada.

⁷ Afirma Mill: “El hombre no es jamás entendido por Bentham como un ser capaz de perseguir, como fin último, la perfección espiritual; como un ser capaz de desear, por su propio bien, la conformidad de su carácter con sus propios criterios de excelencia, sin esperar recompensa y sin temer mal alguno que provenga de otra fuente que no sea la de su propia conciencia reflexiva. Incluso en la más limitada forma de conciencia, este gran hecho de la naturaleza humana se le escapa.” Mill, John Stuart (1838). Bentham. Obra publicada originalmente en la London and Westminster Review. Estudio preliminar de Carlos Mellizo, editorial Tecnos, Madrid 1993, página 46.

⁸ *Ibidem*, página 49.

intelectual y moralmente, para ello el Estado dispone de medios como la educación, el ejemplo, el dialogo público y el consenso.

En Bentham no existe una armonía natural de los egoísmos, por lo que para él es necesario la existencia de un Estado para regularlas. El mismo hecho de la existencia del delito se constituye en una prueba suficiente, ya que podría decirse es un caso de comportamiento egoísta que viola el interés público; por tanto, la tarea del legislador consiste en hacer que los intereses individuales se identifiquen con los generales a través de la mediación directa.⁹ De esta manera, La doctrina benthamiana fue conocida como *utilitarismo*,¹⁰ miremos porque.

El siglo XIX fue un siglo que tuvo pasión por la medición. En las ciencias sociales Bentham fue su promotor. El economista y filósofo inglés, crítica y califica los modos habituales, que para entonces, sobre la moral y el derecho deducidos de la “ley natural, la recta razón, el sentido moral, el amor propio y la rectitud natural” de mero dogmatismo empeñados en imponer sentimientos en los demás, ocultándose tras sonoras expresiones que no aportaban razón alguna para justificar tales sentimientos, erigiéndose como única razón de sí mismos.¹¹ De esta manera, Bentham intenta poner en forma científica la aplicación del principio de la felicidad en la moralidad de las acciones analizando las varias clases y

⁹ Análisis que resultó de una conversación mañanera entre la abogada constitucionalista, Bernardita Pérez Restrepo, la magister en filosofía política, María Teresa Lopera Chaves y el economista político, Ángel Emilio Muñoz Cardona, el día 5 de julio de 2004, cafetería del bloque 13, Universidad de Antioquia.

¹⁰ Mill, John Stuart. (1873). Autobiografía. Madrid: Alianza editorial, edición de 1986, Capítulo III, página 96. El termino utilitario, según John Stuart Mill nació del nombre que le dieran a una sociedad compuesta de jóvenes intelectuales que compartían los principios de la utilidad como norma moral y política. La sociedad tuvo como nombre Sociedad Utilitaria. Era la primera vez, dice Mill, que alguien había tomado el título de “utilitario”, y el término se abrió camino en el idioma. Es menester anotar que la familia (James and John Mill) compartían en esta época 1821-1823 los principios filosóficos de Bentham, por lo que los escritos y aportes de dicha sociedad utilitaria se asociaron a la corriente filosófica benthamiana. De igual manera, aclara Mill que él no invento la palabra utilitario sino que la encontró en **Anales de la Parroquia**, una novela autobiográfica de Galt, en la que el clérigo escocés advierte a sus feligreses que no abandonen el evangelio para convertirse en utilitarios.

¹¹ Mill, John Stuart. (1873). Autobiografía. Madrid: Alianza editorial, edición de 1986, Capítulo III, página 83-85. En esta primera etapa de su formación intelectual (1821-1826. De los 15 a los 20 años de edad) afirma John Stuart Mill ver con toda claridad que todos los moralistas anteriores habían sido superados por la visión científico matemática de Bentham y que él era el precursor de una nueva era en el desarrollo del pensamiento.

categorías de sus consecuencias. Clasifica, por ejemplo, las ofensas y los actos censurables bajo la guía del principio ético del placer y del dolor. Fue así como, Jeremy Bentham (1748-1832) ofreció una visión totalmente distinta a la de otros moralistas británicos de la ilustración como Jhon Locke (1632-1704), Bernard de Mandeville (1670-1733), David Hume (1711-1776), Anthony Ashley Cooper “Conde de Shaftesbury” (1671-1713) Francis Hutcheson (1694-1747) y Adam Smith (1723-1790).

Si el placer y el dolor podrían medirse en algún sentido objetivo, entonces cada acto legislativo podría juzgarse en base a consideraciones de bienestar; lo que exigía una concepción del interés general. Para Bentham el interés general de la comunidad se mide por la suma de los intereses individuales. De esta manera, si por ejemplo, una acción gubernamental aumenta la felicidad de la comunidad más de lo que la disminuye la intervención del Estado queda justificada.

Lo anterior presupone una especie de “cálculo moral”, que Bentham consideró análoga a las operaciones matemáticas requeridas por la física newtoniana. El intento de Bentham para medir el bienestar económico en sentido científico tomó la forma de maximización de la felicidad, o suma agregada del placer y minimización de los dolores colectivos,¹² compuesta de siete factores:

1. La intensidad del placer y del dolor.
2. Su duración
3. Su certeza o incertidumbre
4. Su proximidad o lejanía
5. Su fecundidad o la posibilidad de no continuidad
6. Su pureza o la posibilidad de continuidad
7. Su extensión o número de gente afectada

Según el pensamiento benthamita: Para hacer un cálculo exacto de la tendencia general de cualquier acto que afecte a los intereses de la comunidad se debe proceder de la siguiente manera:

¹² Bentham, Jeremy. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford: The Clarendon Press, 1879. Page 30.

- “Del valor de cada placer identificable que parezca producido por él en primer lugar.
- Del valor de cada dolor que parezca producido por él en primer lugar.
- Del valor de cada placer identificable que parezca producido por él después de la primera sensación.
- Del valor de cada dolor que parezca producido por él después de la primera sensación.
- Súmense todos los valores de todos los placeres por una parte y de todos los dolores por otra. El saldo, si es favorable al placer, nos dará la tendencia buena del acto en conjunto, con respecto a los intereses de ese individuo; si es favorable al dolor dará la tendencia mala del acto en conjunto.
- Realícese un cálculo del número de personas cuyos intereses parecen estar implicados, y repítase el proceso anterior con cada uno. Hágase balance: que, si es favorable al placer, dará la tendencia buena general del acto...y si es favorable al dolor dará la tendencia mala general con respecto a la misma comunidad.”¹³

De esta manera, a través del análisis lógico- matemático era posible la existencia de un mayor bienestar social. No a través del fomento de los sentimientos en la humanidad, como lo consideraron filósofos morales anteriores, sino del cálculo racional que facilite la maximización del bienestar general, por lo que es necesario el establecimiento de índices capaces de medir la intensidad del placer y del dolor.

En la teoría benthamiana el único sentimiento que se debe cultivar a través de la debida instrucción era el sentido público y privado del deber, lo que encaminaría al hombre a la acción prudente a respetarse mutuamente, a actuar sobre lo evidente con inteligencia y no por emociones, a reconocer sus verdaderos intereses.¹⁴Lo que de antemano

¹³ Bentham, Jeremy. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford: The Clarendon Press, 1879. Page 30-31.

¹⁴ Mill, John Stuart. (1873). *Autobiografía*. Madrid: Alianza editorial, edición de 1986, Capítulo IV, página 122-123. “De esta deficiencia, tanto teórica como práctica, en lo referente al cultivo de los sentimientos, resultó como consecuencia natural, entre otras cosas, un menosprecio de la poesía y de la imaginación como elementos de la naturaleza humana. Es o ha sido una noción popular que los benthamitas son enemigos de la poesía”, por lo que la doctrina de la utilidad de Bentham llegó a verse socialmente como fría y calculadora.

implica un análisis presente y futuro de las situaciones generadas por una elección, acción que a su vez deberá tener en cuenta, para ser racional, el carácter de responsabilidad social, tanto consigo mismo como para con los demás. Lo que enfatiza en el carácter de universalidad social del utilitarismo en Bentham.

La teoría de la medición del bienestar de Bentham enfrente muchos problemas y críticas. Por ejemplo, se desprende de la crítica de Mill de Bentham sobre la felicidad que aquello que es felicidad para un hombre puede no serlo para otro, ya que los individuos poseen gustos diferentes, rentas diferentes, objetivos y ambiciones diferentes, por lo tanto cualquier comparación interpersonal de utilidad se hace ilegítima en relación con la búsqueda de cualquier criterio objetivo de medición.

Ante la afirmación, por ejemplo, de Bentham acerca de la utilidad general como la suma de las utilidades individuales se da lugar a lo que en economía se conoce como *la falacia de la composición*, la cual afirma que si algo es cierto en relación con una parte, también lo es en relación con el todo. Afirmación benthamiana que aunque puede ser cierta en muchos casos no lo es necesariamente en todos, lo que se constituye en un dilema económico y legislativo. Por ejemplo, en las sociedades modernas es un tema de discusión sobre los principios de la libertad individual y derecho de la dignidad de la persona la promulgación de la ley de libertad sexual, la cual beneficia a muchos, pero crea grandes inconformismos en otros por el posible descontrol moral, enfermedades, desorden social y la pérdida de valores conservadores que se generan.

De esta manera, el cálculo matemático de la felicidad individual de Bentham flaquea en la constitución de un pacto social, ya que el sistema podría no ser estable a menos que aquellos que tienen que sacrificarse se identifiquen fuertemente con intereses más amplios que los suyos, y para ello es necesario el establecimiento de un diálogo público o de un pacto social. El egoísmo regido por los principios del beneficio individual lleva a la conformación de una sociedad no moral y por lo tanto cada vez menos igualitaria; tal es el caso de la conducta de comportamiento de los free raider o del parásito económico al no revelar la capacidad de pago para la ejecución de un bien público, por parte de los habitantes de una comunidad.

Otro problema filosófico de la teoría del bienestar de Bentham se refiere a la ponderación de los placeres cuantitativos, si es posible su cuantificación, por ejemplo, ¿Cómo cuantificar los placeres de la mente con respecto a los del cuerpo?, ¿Deben recibir los placeres de la mente más o menos énfasis que los placeres del cuerpo? Ponderación que es imposible de explicar, aunque se recurra al dinero como la mejor medida disponible de utilidad. Para Bentham la gente se ve “empujada” por la búsqueda del placer y la huida del dolor a que no existan motivos malos o deficiencias morales sino malos cálculos respecto del placer y del dolor, por lo tanto aunque un individuo pueda ser estúpido la educación o la buena instrucción le corregirá la estupidez.¹⁵

Bentham y la utilidad como propiedad inherente al objeto.

Ante la segunda definición del concepto de utilidad de Bentham dada por Claudio Napoleoni en cuanto referida al objeto hay que tener presentes dos elementos:

1. La utilidad es una propiedad inherente al objeto.
2. La utilidad consiste en procurar un placer o alejar un dolor.¹⁶

Los dos argumentos de Bentham fueron sometidos a crítica. Contra el primero se argumentó que la utilidad no es una propiedad de los objetos, por que de serlo los objetos representarían lo mismo para todos los consumidores y por tanto tendrían el mismo uso y destino de consumo final,¹⁷ por el contrario los objetos tienen diferentes usos particulares como resultado de una relación que surge entre; la idea que se pueda despertar

¹⁵ Bentham, Jeremy. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford: The Clarendon Press, 1879. Page 32

¹⁶ La filosofía hedonista considera el placer como el fin de la vida: La moral de Epicuro es una forma del Hedonismo. Más adelante dedicaremos un apartado a la posición de Epicuro. El hedonismo sostiene que el deber moral se satisface en el disfrute de los intereses que buscan el placer. Pero el hedonismo prescribe acciones individuales sin referencia a la felicidad general. El utilitarismo añadió al hedonismo la doctrina ética de que la conducta humana tenía que ser dirigida hacia la maximización de la felicidad del mayor número de gente. “La mayor felicidad para el mayor número”, era la consigna de los utilitaristas, de los que participaban de la filosofía de Bentham. Para una mayor claridad véase: Mill, John Stuart (1848). *Principles of Political Economy*. Nueva York, Ashley editors, §8. (Edición castellana: Principios de economía política. México: Fondo de la cultura económica, 1951, capítulo 8).

¹⁷ En la economía el consumo se define como el uso racional que cada individuo hace de los bienes y servicios disponibles.

en el individuo, al observar el objeto, y la necesidad de consumo del bien, posición defendida por los neoclásicos: Nassau Senior (1790-1864), William Jevons (1835-1882) y Vilfredo Pareto (1848-1923). Cuando se trato de definir la naturaleza de esta relación, mientras algunos como Jevons y Francis Ysidro Edgeworth (1845-1926), siguiendo la dirección de Bentham, continuaron hablando de placer y dolor, la mayor parte de los economistas rechazaron la postura hedonista y por consiguiente el segundo argumento de Bentham.

Sí el logro de la utilidad personal consiste en procurar un placer y alejar un dolor, entonces cómo conciliar dicotomías sociales de lo que para unos es placer para otros es dolor, por ejemplo, cuando el logro del beneficio personal depende, muchas veces, de la capacidad negociadora de las partes en conflicto: ¿quién representa y negocia los derechos de los más desamparados? Sí la utilidad dependiera de la capacidad negociadora de los individuos, entonces quién defendería los derechos para los minusválidos, huérfanos, viudas y personas especiales.

La utilidad como satisfacción de las preferencias.

John Batiste Say definió la utilidad como la “facultad que poseen las cosas de poder servir al hombre de un modo cualquiera”. Cuando se afirma “de un modo cualquiera” va implícito el reconocimiento del uso o los motivos por los que una cosa puede “servir”. No son únicamente las razones económicas las que explican la demanda de bienes y servicios, también están los motivos sicológicos, culturales, pero por sobretodo los gustos, los del sentimiento del placer. Para la economía los bienes que son útiles tienen principalmente un valor de uso y, por tanto un valor de cambio, en otras palabras, que satisfacen necesidades.¹⁸ Esta concepción fue explícitamente captada por David Ricardo (1772- 1823), Karl Marx (1818-1883), León Walras (1834-1910) e Irving Fisher (1867-1947). Actualmente el concepto de utilidad está totalmente desligado de los supuestos hedonísticos sobre los que en principio habían sido definidos.

¹⁸ Napoleoni, Claudio. Diccionario de Economía Política Barcelona, 1982. Editorial Alfredo Ortells, Tomo dos.

Hoy en día el concepto de utilidad se entiende en relación al concepto de preferencias, gustos y necesidades, aunque, aún más de gustos y preferencias que de necesidades. La utilidad se define como la capacidad que posee un bien de satisfacer gustos. Así definida, cobra sentido el valor de uso y de cambio que deben tener las mercancías, es decir, cumple con el principio de finalidad que tienen los bienes en el mercado: conquistar, hacerse moda, dar un sentido de *status*, satisfacer el mayor número de gustos, necesidades y preferencias posibles.

Para resaltar la evidencia de que la utilidad no es una propiedad de las cosas sino una relación que se establece entre las cosas y el hombre, algunos economistas como Irving Fisher definen la utilidad como deseabilidad, satisfacción. Con esto se subraya el hecho de que un bien es útil cuando es objeto de deseo, siendo el deseo¹⁹ el efecto de la tendencia a satisfacer gustos, preferencias y necesidades.

John Stuart Mill y la utilidad como satisfacción de sí.

Quizás la más dolosa crítica dirigida a la filosofía de Bentham proviene de quien por más de cuatro años fuera su gran defensor y propagador, John Stuart Mill (1806-1873), que en su segunda etapa de madurez intelectual (1827-1844. Entre los 21 y los 38 años de edad) concibe al sentimiento como fundamento del accionar humano.²⁰ Mill observa, por ejemplo como, las acciones que afectan

¹⁹ Entendiéndose deseo como el resultado consiente (spinociano) del segundo genero del conocimiento, en el cual el individuo ha racionalizado los pros y las contras que representan las preferencias de su elección final.

²⁰ Las etapas del desarrollo intelectual de John Stuart Mill son hechas por él mismo en la Autobiografía. Las cuales pueden dividirse en cuatro. Una primera comprendida entre los años 1821-1826, es decir, entre los 15 y los 20 años de edad en la que él encuentra su piedra filosofal, una doctrina nueva, distinta a la existente, llamada Bentham y logra a través de sus escritos y los de su padre consolidar la *Westminster Review*. Una segunda fase está comprendida entre los años 1827- 1844, entre los 21 y los 38 años de edad, donde Mill descubre los sentimientos de la simpatía a través de la poesía de Wordsworth en el otoño de 1828 y de la teoría de la Renuncia del calvinista Carlyle en 1827. Durante éste periodo Mill escribe el *Sistema de Lógica* y los celebre *Ensayos Sobre Algunas Cuestiones Disputadas en Economía Política*. La tercera etapa del desarrollo intelectual de Mill va de 1845 a 1857 entre los 39 y los 51 años de edad. Es la época en la que se distingue un Mill de pensamiento socialista al lado de su esposa Harriet Taylor Mill, quien se convierte en su gran apoyo intelectual, en la que escriben obras conjuntas como: *Ensayos sobre la igualdad Sexual*, la obra clásica de la economía política, *Los Principios de economía Política con algunas aplicaciones a la filosofía social* y el borrador del libro de filosofía política *Sobre la Libertad*. Su última etapa comienza con la muerte de su esposa Harriet en 1858 y termina con su muerte en 1873, a la edad de 67 años. Es la época de mayor

negativamente la felicidad humana son generalmente defendidas basándose en que han sido impulsadas por el sentimiento, de igual manera, ve como el carácter con el que a veces se juzgan o discuten acciones de las personas se hacen a partir del sentimiento del merito o de lo que es meritorio y no del uso exclusivo de la razón, como ya lo había anotado el escocés, Adam Smith en 1759.

Más allá del cálculo racional de la utilidad de las acciones esta la filosofía moral del sentimiento de la simpatía, el placer de simpatizar con los seres humanos, de experimentar las sensaciones de gozo que nacen al contemplar el bien de los demás, especialmente a gran escala social; esa es quizás una de las más grandes y seguras fuentes de felicidad, como, de igual manera lo había afirmado Smith (1759) en la *Teoría de los Sentimientos Morales*.

“Cuando la ayuda necesaria es mutuamente proporcionada por el amor, la gratitud, la amistad y la estima, la sociedad florece y es feliz. Todos sus integrantes están unidos por los gratos lazos del amor y el afecto, y son por así decirlo impulsados hacia un centro común de buenos oficios mutuos.”²¹

De esta manera, para John Stuart Mill la felicidad es la prueba de todas las reglas de conducta y el fin último que todo hombre persigue en la vida. Pero este fin de la felicidad sólo puede lograrse no haciendo de él una meta directa o un fin en sí mismo; sino que, por el contrario, los que tienen como propósito además de su propia felicidad la de los otros. Esto último es lo que valida la utilidad de las acciones tanto desde lo personal como desde lo social. Los que tienen un propósito distinto al egoísmo o al engrandecimiento de su yo y persiguen un bien general son más felices. Así por ejemplo, existe mayor satisfacción o utilidad personal cuando se vive o se es miembro de un país de gran progreso social y prosperidad económica, que cuando se vive en un país donde sólo una persona o un puñado de hombres tienen prosperidad.

riqueza filosófica donde se publican obras tales como: *Sobre la Libertad, Utilitarismo, La Naturaleza, El Sometimiento de las Mujeres y la Autobiografía*.

²¹ Smith, Adam. 1759. *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza editorial, edición de 1997, capítulo 3, sección II, página 185.

“El hombre insolidario, a su vez, no sólo se niega a participar en la promoción de la mayor felicidad del mayor número, no sólo obra erróneamente desde una perspectiva moral, sino que se condena a sí mismo a unos pocos goces limitados, poco resistentes, poco sólidos.”²²

Otro cambio importante que la inclusión de los sentimientos da a la teoría de la utilidad es el amor propio (*self love*), el cuidado de sí.

“El otro cambio importante que en aquella época experimentaron mis opiniones fue que yo, por primera vez, di su lugar apropiado, como una de las primeras necesidades del bienestar humano, al cultivo interno del individuo. (...) El cultivo de los sentimientos se convirtió en uno de los puntos cardinales de mí credo ético y filosófico.”²³

Mill observa que conforme se alimentan los sentimientos en el individuo bien a través de las manifestaciones artísticas como la prosa, el mito, la música, la poesía y la pintura cambian el carácter social, la sensibilidad o la forma como se interpretan los problemas sociales, de denunciarlos y de plantearles solución. El ser humano que se instruye en los sentimientos es mucho más susceptible de simpatizar con el dolor que con el placer, por lo que en la búsqueda de la felicidad personal intenta caminos como la del sacrificio propio del lucro o la ganancia por la del bienestar general. El amor del hombre a la humanidad lo lleva a experimentar felicidad en la benevolencia, en la solidaridad, en las luchas sociales como lo son las sindicales y los movimientos civiles en contra de la violencia o de la injusta distribución de la riqueza. Del accionar social de los sentimientos se logran también grandes progresos culturales, mayor bienestar, utilidad sobre lo público, por cuanto se estimula la imaginación.

Es así como, en John Stuart Mill la utilidad encierra un deber público, por lo que es necesario distinguir entre lo que es objeto de deseo y lo que es objeto de ser deseable.²⁴ Para el filósofo y economista inglés, no

²² Mill John Stuart (1863). *El Utilitarismo*. Madrid, España: Alianza editorial, Filosofía, traducción de Esperanza Guizan, edición de 2002, páginas 15-16.

²³ Mill, John Stuart. (1873). *Autobiografía*. Madrid: Alianza editorial, edición de 1986, Capítulo V, página 149-150.

²⁴ Mill John Stuart (1863). *El Utilitarismo*. Madrid, España: Alianza editorial, Filosofía, traducción de Esperanza Guizan, edición de 2002, página 22.

basta con que cada cual viva como quiera sin tener en cuenta el entorno que le rodea, ya que podría perder felicidad al sentir la indiferencia de los demás hombres. El hombre necesita simpatizar, socializar sus ideas, sus pasiones y voluntades, de tal manera que puedan ser más felices participando en la promoción de la felicidad y libertad de los demás, en otras palabras, la utilidad individual y social como algo deseable compromete al hombre con el mismo hombre.²⁵

A manera de ejemplo, si entrego más dinero al fisco y con ello contribuyo a que se construyan más escuelas; si al conformarme con un salario más decoroso, en vez de luchar por honorarios más elevados contribuyo a que más ciudadanos puedan ser empleados, tengan acceso a una vivienda digna y puedan alimentarse. Es decir, la actuación de éste hombre es más ventajosa, más útil, más loable, que la de quien, por pensar exclusivamente en sí o irracionalmente en su lucro y en su felicidad, impide u obstaculiza el logro de la felicidad de los demás. Podría afirmarse que el utilitarismo de Mill sigue las siguientes normas de conducta:

1. Ante un determinado conflicto de interés se debe evaluar las distintas alternativas en juego mirando los pros y los contras de dichas alternativas para elegirse el mal social menor.
2. El utilitarismo no prejuzga sobre los deseos y preferencias de los distintos individuos cuya suerte se encuentra en juego. El utilitarismo se pregunta: ¿cuál es la propuesta que satisface mayor cantidad de intereses?
3. El utilitarismo posee un carácter igualitario ya que el utilitarismo tiende a contar como iguales las distintas preferencias en juego, frente a un particular conflicto de interés prima la demanda de la mayoría, la de mayor respaldo social.

²⁵ A esta forma de ver la utilidad se le conoce como utilitarismo. El utilitarismo es aquella postura que considera que un acto es correcto cuando maximiza la felicidad general, la utilidad es por tanto consecuencialista, lo que implica que ella no es intuitiva. Al regirse la utilidad bajo principio causa – efecto subordina generalmente, la teoría de lo correcto a la teoría del bien, por lo tanto el utilitarismo busca maximizar el bienestar general. Toda teoría ética se compone de dos partes, una teoría del bien – cuál es o cuáles son los bienes valiosos – y una teoría de lo que es correcto – qué es lo que debemos hacer

4. El utilitarismo en ningún momento significa sacrificio o pérdida de felicidad particular o personal, por el contrario significa mayor felicidad al individuo mostrar los sentimientos y los afectos que le embargan.²⁶

Muchas veces, como veremos más adelante en el epicureísmo, lo que una persona dice preferir puede ser contradictorio con sus preferencias reales, con aquella que resultarían más valiosos, bien sea por adaptación o resignación frente a situaciones injustas y a la falta de una información oportuna y veraz. La publicidad, por ejemplo, empuja al individuo a demandar productos no necesarios, le engaña haciéndole creer que se ha comprado los bienes que justamente cubren sus necesidades.

La utilidad: una relación entre sentimiento y necesidad en Adam Smith.

Adam Smith, intenta definir la utilidad como el resultado de relacionar el sentimiento del deseo con el concepto de necesidad; de tal manera, que la utilidad no surge para él como una propiedad de las cosas sino como una relación que se establece entre las cosas y el hombre. Es decir, que un bien para Smith, es útil cuando es objeto de deseo, siendo el deseo, el efecto de la tendencia a satisfacer las necesidades. Por lo tanto, es a partir de este concepto de utilidad como en la economía política es posible explicar la actividad comercial, como la satisfacción continua que encuentran oferentes y demandantes al intercambiar bienes y servicios.

A veces los hombres, afirma el escocés, creen ver en el placer y en el disfrute que pueden sacar u obtener del consumo de los bienes,

²⁶ Así lo aclara Mill cuando afirma: “Otra de las limitaciones de Bentham fue la de tratar la consideración moral de las acciones y de los caracteres como si fuera la única, cuando en realidad, es sólo una de las tres por las que nuestros sentimientos hacia el ser humano pueden ser, deberían ser y no puede dejar de ser –a menos que nuestra naturaleza quede aniquilada- influidos materialmente. Toda acción humana tiene tres aspectos: su aspecto *moral*, que se refiere a su *bondad o maldad*; su aspecto *estético*, que se refiere a su *belleza*; su aspecto simpático (*Sympathetic*), que se refiere a sus calidades *amables*. El primero a pela de suyo a nuestra razón y conciencia; el segundo, a nuestra imaginación; el tercero, a nuestro sentimiento humanitario hacia el prójimo. Con arreglo del primero, aprobamos o desaprobamos; con arreglo del segundo, admiramos o despreciamos; con arreglo del tercero, amamos, nos compadecemos o rechazamos” Mill, John Stuart (1838). Bentham. Obra publicada originalmente en la London and Westminster Review. Estudio preliminar de Carlos Mellizo, editorial Tecnos, Madrid 1993, página 85.

la fuente final de su felicidad y se esfuerzan por conseguir aquellos bienes que les permitan alcanzar la felicidad. Así mismo, ven en la utilidad la base de las relaciones sociales, y no pueden ser, para ellos, comprensiblemente racionales dichas relaciones si no tienen como base tal principio. Todo su esfuerzo y empeño lo entregan a esa ambición. Creen que el reconocimiento social, la fama y los honores, tienen mayor sentido si hay riqueza y si existe esta última, entonces hay felicidad.

“El hijo del desheredado, a quien el cielo castigó con la ambición, cuando comienza a mirar en torno a él, y se compara, admira la condición del rico. En su imaginación, ve la vida de éste como la de un ser superior y para alcanzarla se consagra en cuerpo y alma, y por siempre a perseguir la riqueza y los honores. (...) Para ese fin le hace la corte a todo el mundo, sirve a los que odia y es obsequioso con los que desprecia.”²⁷

Su ambición le vuelve un ser calculador, pues, la razón de sus actos esta en el logro de sus sueños y para ello aprende a controlar la naturaleza de sus pasiones. Y como bien, él, puede alcanzar algún día sus sueños, puede nunca alcanzarlos e incluso terminar bajo el desprecio de la sociedad.

Algunas personas que acompañan al ambicioso, pueden compartir su sentimiento e incluso le siguen en su esfuerzo, otros en cambio, no simpatizan con el esfuerzo de ellos, pero sí reconocen en los objetos y en los bienes su naturaleza comercial o razón de ser, la cual, consiste en satisfacer las necesidades humanas, bien sea en forma directa o indirecta.²⁸ Por lo tanto, estos últimos ven en el consumo de los bienes la satisfacción de las necesidades individuales y nada más; pero nunca los ven como causa final de la felicidad.

Es verdad que la utilidad de un bien es satisfacer necesidades del consumidor, pero no es necesariamente cierto que la existencia o ausencia de más o menos bienes, signifique más o menos felicidad. Por

²⁷ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte IV Capítulo 1 Edición alianza, página 328. Y de la Edición del Fondo de la cultura Económica, Página 119

²⁸ Con esto se quiere decir que en la economía un individuo puede beneficiarse indirectamente de los bienes que otros demandan o consumen, en cuanto que con la demanda se estimulan: el empleo, las ganancias, el desarrollo tecnológico y el bienestar social. Pues la economía es una ciencia de categorías sociales, y así lo entiende Adam Smith..

el contrario, el exceso o la simple consecución de algún bien por parte del individuo puede llegar a ser causa de infelicidad, por cuanto que dichos bienes no logran realmente satisfacer las carencias o necesidades de él como consumidor; ya que al no saber realmente qué es lo que desea y al no ser capaz de descubrir la causa de su insatisfacción, de su angustia o de su penar, demanda bienes innecesarios que lo llevan por el contrario a un malestar más profundo y por tanto a una mayor infelicidad.

Igualmente ocurre con el individuo que por llenarse de bienes desconfía de todo el mundo, cree que todos los hombres lo persiguen para quitarle lo que tiene, no cree en la amistad, ni en el amor, cree que todas las personas obran con el mismo interés con el que él obra, lo que es causa de decepción y lo aleja de la felicidad y en cierta medida del disfrute de la vida en sociedad. De esta manera, vuelve a afirmar Smith:

“Cuando visitamos los palacios de los encumbrados, no podemos menos que pensar en la satisfacción que nos daría ser dueños y poseedores de tan artística como ingeniosa traza de comodidades.”

Igual razón se da para explicar la causa de por qué la sola apariencia de incomodidad, convierte a cualquier objeto en desagradable, tanto para su dueño como para el espectador. Es decir, para Smith, el hombre no piensa que él goza de mayor felicidad que las demás personas al tener más bienes, lo que él se imagina es la comodidad que esos bienes facilitan o en la satisfacción que estos le portan. Y la principal causa de su admiración está en la ingeniosa y acertada adaptación de esos medios a la finalidad para que fueran creados. Afirmación última que más adelante apoyaran neoclásicos como Irving Fisher (1867-1947).

“... Pero en la postración de la enfermedad y en el hastío de la edad, desaparecen los placeres de los vanos y quiméricos sueños de grandeza. Para quien se encuentre en tal situación, esos placeres no tienen ya el suficiente atractivo para recomendar los fatigosos desvelos que con anterioridad lo ocuparon. En el fondo de su alma, maldice la ambición y en vano añora la despreocupación e indolencia de la juventud, placeres que insensatamente sacrificó por algo que, cuando lo posee, no le proporciona ninguna satisfacción verdadera. Tal es el lastimoso aspecto que ofrece la grandeza a todo aquel que, ya por tristeza, ya

por enfermedad, se ve constreñido a observar atentamente su propia situación y a reflexionar sobre lo que en realidad le hace falta para ser feliz. Es entonces cuando el poder y la riqueza se ven tal como en verdad son: gigantescas y laboriosas máquinas destinadas a proporcionar unas cuantas insignificantes comodidades para el cuerpo, que consisten en resortes de lo más sutiles y delicados que deben tenerse en buen estado mediante una atención llena de ansiedades, y que a pesar de toda nuestra solicitud, pueden en todo momento estallar en mil pedazos y aplastar entre sus ruinas a su desdichado poseedor.”²⁹

Es por lo anterior, que Smith no comparte el pensamiento del filósofo inglés, David Hume, pues él decía que la utilidad de los bienes es fuente perpetua de goce y satisfacción.”³⁰ Argumento que para el escocés es difícil de aceptar, ya que la felicidad de un hombre no se define sólo por la riqueza material, sino también por la virtud. Siendo la virtud para Smith, la búsqueda del hombre por lograr el crecimiento continuo de ser social, crecimiento que para poderse dar requiere que los comportamientos individuales se condicionen o se conjuguen a la búsqueda del beneficio de la sociedad o puedan ser aprobados por esta.

El hombre así como desea la riqueza desea también, e incluso a veces mucho más, el amor de sus semejantes y para ello él busca la virtud. Y en esto, Smith comparte en cierta medida el pensamiento de Epicuro sobre las auténticas fuentes de la vida placentera para el logro de la felicidad, pero discute con vehemencia las conclusiones a las que lleva dicha doctrina, por cuanto atenta con la ambición natural de progreso en el hombre, al reducirlo a una vida simple, sin ambiciones, de relaciones sociales pobres, de escaso desarrollo tecnológico y por tanto de incomodidad. Para Smith en cambio, la fuente principal de la

²⁹ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte IV Capítulo 1, página 330. Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. México: Fondo de Cultura Económica, Introducción por Eduardo Nicol, edición de 1978, página 121

³⁰ “También la causa por la que nos agrada lo útil ha sido señalada en últimas fechas por un ingenioso y ameno filósofo, que aúna gran profundidad de pensamiento a la más consumada elegancia de expresión, y que posee el singular y feliz talento de tratar los asuntos más abstrusos, no solamente con la mayor lucidez, sino con la más animada elocuencia. Según él, la utilidad de cualquier objeto agrada al dueño, porque constantemente le sugiere el placer o comodidad que está destinado a procurar. Siempre que lo mira, le viene a la cabeza ese placer y de ese modo el objeto se convierte en fuente de perpetua satisfacción y goce. *Teoría de los sentimientos Morales*. . Parte IV Capítulo 1 Edición alianza, página 326. Edición Fondo de la cultura Económica, Página 116.

felicidad esta en el valor de la prudencia, no queriendo decirse, que no hay felicidad en la riqueza material; sino que ésta no es la única, ni la principal fuente de felicidad.

De esta manera, la felicidad del hombre para Smith no depende sólo de satisfacer las necesidades de sobrevivencia o de riqueza material, pues el hombre como ser de naturaleza social demanda también de la satisfacción de necesidades ontológicas como las de: identidad, respeto, reconocimiento, aprecio y autorrealización; necesidades que van más allá de la simple tenencia de bienes materiales. Mantener un equilibrio entre estas dos categorías de necesidades es lo que le da al ser humano el equilibrio emocional y la felicidad, prácticamente podría decirse que en Smith las necesidades no son infinitas sino finitas al poderse clasificar en aquellas que son propias de la naturaleza del ser y las que son propias de la necesidad de sobrevivencia o de la tenencia de bienes materiales. Para satisfacer y mejorar la satisfacción de estas necesidades el hombre tiene a su haber la experiencia de una vida social que le enseña a actuar con prudencia, tiene una cantidad casi infinita de bienes producto de una división social del trabajo, del desarrollo de las artes y de las ciencias que sirven de satisfactores.

“Las cualidades más útiles para nosotros son, en primer lugar, la razón en grado superior y el entendimiento, que nos capacitan para discernir las consecuencias remotas de todos nuestros actos y prever el provecho o perjuicio que con probabilidad pueda resultar de ellos; y en segundo lugar, el dominio de sí mismo, que nos permite abstenernos del placer del momento o soportar el dolor de hoy, a fin de obtener un mayor placer o evitar un dolor más grande en lo futuro. En la unión de esas dos cualidades, consiste la virtud de la prudencia, de todas las virtudes la más útil al individuo.”³¹

Con el auxilio de la razón y el entendimiento, el individuo busca la justicia, es decir que establece relaciones simpatéticas como la benevolencia y la justicia con los demás, lo que permite mantener la armonía social. Con el dominio propio, el individuo respeta el sentir de los demás, sus pasiones y sus sueños, así él no simpatice totalmente con ellos; en otras palabras, se respeta la individualidad del otro; así

³¹ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte IV Capítulo 2, página 339-340. De la Edición Fondo de la cultura Económica, Página 126.

mismo, él exige para sí igual respeto. Bajo estos principios de virtud se expanden armónicamente las relaciones sociales, lo que beneficia otras relaciones, tales como las políticas y económicas.

La belleza de la virtud del hombre smithiano, le permite reconocer claramente la diferencia que existe entre el embrujo de la riqueza que da la utilidad de los bienes, al hacerles creer que sólo en la consecución de los mismos se puede ser feliz; y la prudencia, que lleva al hombre a buscar no sólo su beneficio, sino también el de la sociedad como un todo imprescindible, ya que para el logro de la verdadera felicidad, los actos más humanos, no exigen abnegación ni dominio sobre sí mismo, ni un gran esfuerzo del sentido de lo apropiado. Consisten simplemente en hacer lo que esa exquisita simpatía, por sí sola, nos incita a llevar a cabo. “Humanidad, justicia, generosidad y espíritu público, que son las cualidades de mayor utilidad para los demás.”³² Y que son, por tanto, el fin del utilitarismo por ser una categoría social.

Así, como un hombre puede ver en la utilidad de las cosas, la belleza que estas le proporcionan, por el encanto de lo estético, la imagen de riqueza, prosperidad y poder que le dan. Así mismo, la sociedad ve en el carácter de lo honorable, equitativo y diligente del hombre, la imagen de lo bello, de lo armonioso y necesario para sí, lo que arroja sobre éste conjunto de individuos el aprecio, el reconocimiento por su sabiduría y virtud.

Es posible resumir afirmando con Adam Smith que:

“El carácter prudente, equitativo, diligente, resuelto y sobrio, promete prosperidad y satisfacción, tanto para la persona como para todos los que están en relación con ella. Por el contrario, la arrebatada, la insolente, la perezosa, afeminada y voluptuosa, presagia la ruina al individuo y la desgracia a todos los que con él tengan tratos. La primera de estas maneras de ser tiene, por lo bajo, toda la belleza que pudiera adornar a la máquina más perfecta que jamás se haya inventado para el fomento del fin más deseable; la segunda, toda la deformidad del más desmañado y torpe artefacto.”³³

³² *Ibidem*, parte IV Capítulo 2, página 341. Edición Fondo de la cultura Económica, Página 129.

³³ *Ibidem*, parte IV Capítulo 2, página 337. Edición Fondo de la cultura Económica, Página 123.

De igual manera, John Stuart Mill concluye que sólo el hombre cuyas capacidades morales han sido previamente educadas y desarrolladas alcanza felicidad. El hombre encuentra su satisfacción en el autodomínio y control de su ser, lo que exige una vida rica en el desarrollo de potencialidades, así como en la satisfacción íntima e insustituible que deriva de la autoestima. “¡Cuánto que gozar en un mundo donde hay tanto que transformar, reformar, tantas injusticias que suprimir, tanto sufrimiento que eliminar, tanta belleza que construir!”³⁴ ((Introducción, Esperanza Guisán, página 17).

De la satisfacción de sí a la utilidad general.

Adam Smith creía que en una economía de libre competencia la búsqueda de las utilidades particulares llevaban finalmente a la sociedad, “conducida como por una mano invisible” al logro de la satisfacción general, es decir al aumento del bienestar público. El economista y filósofo escocés, Adam Smith, creía que una persona actúa de manera correcta, al menos sin afectar a otros, cuando trata de obtener el mayor beneficio posible de su accionar. Pero es necesario tener en cuenta que dicho principio de la acción correcta en Smith toma en cuenta al otro en su juicio, no basta lo que aparenta ser correcto para uno mismo, también es necesario tomar en cuenta la opinión de los otros, contar con su apoyo y acompañamiento, de esta manera el ser social smithiano es un ser moral donde se funden egoísmo y altruismo.

Del mismo modo, como una persona valora las satisfacciones de lo que es bueno o placentero para sí a partir de las experiencias vividas en los distintos momentos, circunstancias y desea conservar tanto para sí como para los suyos, así mismo como lo es para esa persona y su pequeño entorno lo es, de igual manera, para otros grupos de personas que sienten y valoran las mismas acciones como buenas o placenteras. De esta suma de experiencias y de sentires homogéneos entre los grupos puede nacer la necesidad de garantizar para todos las mismas oportunidades de felicidad. En otras palabras, el bienestar de la sociedad ha de construirse a partir de la creación de instituciones

³⁴ Mill, John Stuart (1838). Bentham. Obra publicada originalmente en la London and Westminster Review. Estudio preliminar de Carlos Mellizo, editorial Tecnos, Madrid 1993, página 17.

capaces de defender socialmente lo que es bueno y placentero para los muchos individuos que se funden a ella, y para lograrlo es necesaria la unión de voluntades para crear las normas y las instituciones que preserven dichos estados de bienestar.

“El cuidado que dedicamos a nuestra propia felicidad e incluso a nuestros intereses se manifiesta en múltiples ocasiones como un principio de acción en extremo plausible. Los hábitos de economía, de industria, de discreción, de cuidado, de aplicación son generalmente considerados como el fruto de motivos egoístas y, sin embargo, se les considera como cualidades loables, que merecen la estima y la aprobación de todos.”³⁵

De esta manera, para Smith es loable y plausible la búsqueda que hace todo hombre por amor propio de procurarse lo que es bueno y agradable para sí, sin perder la dimensión social, que le permite por experiencia, simpatizar con los esfuerzos de otros y, por su sentir moral el de ayudar a otros. Así, por ejemplo, es loable el esfuerzo de austeridad que hace un hombre durante varios años para montar una empresa, y luego que lo ha logrado genera empleo y paga salarios que ayudan a suplir las necesidades de los trabajadores, lo que aumenta el bienestar social. Por lo que los esfuerzos de dicho empresario se hacen plausibles, objeto de admiración y ejemplo de imitación. De dicha experiencia muchos aprenden y continúan la aventura de hacer el mismo esfuerzo. Es así como la sociedad se convierte en un espejo para el mismo hombre, mejora el bienestar individual y general de las personas que la integran y las hace interdependientes.

Del mismo modo en que un individuo equilibra, dice Jhon Rawls (1971), “ganancias presentes y futuras con pérdidas presentes y futuras, de ese modo una sociedad puede equilibrar satisfacciones e insatisfacciones entre individuos diferentes. Y así mediante estas reflexiones, se alcanza de modo natural el principio de utilidad: una sociedad está correctamente ordenada cuando sus instituciones maximizan el equilibrio neto de satisfacción.”³⁶

³⁵ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte séptima, sección II, capítulo III.

³⁶ Rawls, John. (1971). *Teoría de la Justicia*. México: Fondo de la cultura económica, primera reimpresión 1997. Utilitarismo clásico, página 35.

Una institución se considera socialmente útil o buena cuando cumple con el objetivo social por el cual fue creada, es decir, cuando satisface las necesidades sociales de sus creadores y, por tanto, conducen al mayor bien posible. Se espera, por ejemplo, de los hospitales y de los médicos que laboran en ellos que salven vidas, en otras palabras que se minimicen las pérdidas humanas. Se espera de las instituciones de gobierno que maximicen el bienestar general, en otras palabras que todos los ciudadanos se sientan representados y escuchados, por tanto se espera de ellas el actuar con justicia: imparcialidad e igualdad de trato.

“Al magistrado civil se le confía el poder no sólo de conservar el orden público mediante la restricción de la injusticia sino de promover la prosperidad de la comunidad, al establecer una adecuada disciplina y combatir el vicio y la incorrección; puede por ello dictar reglas que no sólo prohíben el agravio recíproco entre ciudadanos sino que en cierto grado demandan buenos oficios recíprocos.”³⁷

Así mismo un hombre ha de actuar con prudencia dejando que prime la justicia sobre lo que es justo, o sobre lo que él cree que es meritorio. Debe acatar lo general sobre lo particular, para ello dispone del conocimiento de las leyes y de la instrucción social. Debe desear hacer a otros el bien que desea se le haga a él. Tiene derecho a disentir y dar a conocer su inconformidad, llevar a las altas cortes su insatisfacción y proponer solución. Y si el mal es generalizado la sociedad como un todo tiene derecho a pronunciarse y hacer que se cambien las leyes en bienestar de todos.

“Cuanto más instruidas estén las masas, menos expuestas se hallarán a las desilusiones traídas por la ligereza y la superstición, que frecuentemente ocasionan los más terribles trastornos entre los pueblos ignorantes. (...) Además, un pueblo inteligente e instruido será siempre más ordenado y decente que uno ignorante y estúpido.”³⁸

Por lo que el hombre moral de Smith debe ser también aquel ciudadano instruido capaz de distinguir y de penetrar en los íntimos

³⁷ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte II, sección II, página 177.

³⁸ Smith Adam. *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. México: Fondo de la Cultura Económica/ Serie de Economía, edición de 1997. Libro Quinto. Capítulo I. Parte III, página 692.

designios de los insidiosos y de los descontentos, vislumbrando lo que haya de cierto en sus manifestaciones y en sus sentimientos, por lo que estará menos propenso a dejarse arrastrar por cualquier oposición indiscreta o infundada contra las ordenes del gobierno y ser un mejor espectador imparcial para sí como para la sociedad en su conjunto. Es así como en una nación civilizada, la inteligencia de la mayoría de los individuos que la conforman esta cifrada en que cada hombre es, en cierto modo, un hombre de gobierno, y se halla en condiciones de formular un juicio razonable sobre los intereses de la sociedad y la conducta de quienes la dirigen.

De allí que, la prosperidad y la gloria de una Nación sea motivo de orgullo y de honor en el ciudadano, pero no significa lo anterior, que un hombre quiere a su país por ser una fracción privada de gran utilidad para su vínculo social particular, sino por el contrario por su interés natural a la amplia sociedad. Razón que sirve para explicar el por qué un verdadero hombre ante una gran amenaza de peligro está dispuesto a ofrendar su vida en batalla por el progreso y la prosperidad de la amplia sociedad de los seres humanos, que bien pueden ser los de su sólo país o los del mundo entero, dejando atrás los sentimientos particulares de amor filial a los suyos (novia, esposa, hijos, padres y amigos) por los de la sociedad entera. El amor de un hombre por su país, nos dice Smith, comprende dos principios distintos:

“Primero, un cierto respeto y reverencia hacia la constitución o forma de gobierno establecida; y segundo, un ferviente deseo de hacer, en la medida de nuestras posibilidades, que la condición de nuestros conciudadanos sea segura, respetable y feliz. Quien no está dispuesto a respetar las leyes y a obedecer al magistrado no es un ciudadano, y quien no aspira a promover, por todos los medios a su alcance, el bienestar del conjunto de sus compatriotas no es ciertamente un buen ciudadano.”³⁹

En el orden de lo público, la única razón que Smith contempla como motivo por la que un grupo de ciudadanos busque trastocar el orden establecido bien persuadiendo a otros o alzándose en contra del gobierno, es cuando éste atenta con la justicia debida, la prosperidad

³⁹ Smith, Adam (1759). *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997. Parte VI, Sección II, página 415.

y bienestar de todos los conciudadanos, al querer hacer el gobernante un gobierno para sí y no para el pueblo, un Estado para la utilidad particular y no para la utilidad del pueblo, por lo que todos los hombres de ese país, ante tales injusticias, optan más bien por el desorden y la falta de acatamiento de las leyes, que por el orden y la obediencia. De esta manera, la razón que Smith da para la existencia de un poder institucional que garantice el orden social entre los hombres: es la de la justicia.

Smith por lo tanto, se pone del lado de la desobediencia civil cuando la autoridad excede los límites de la justicia. Suponiendo que el gobierno estuviera fundado en un contrato (hipótesis negada por Smith) y que las autoridades abusaran groseramente de los poderes a ellas encomendadas, “es evidente que la resistencia es legal ahora porque ya se ha roto el contrato”.⁴⁰

Cualquiera sea el principio que se alegue, un principio de resistencia ha de ser legal porque ninguna autoridad es completamente ilimitada. Una conducta imprudente eliminará todo sentido de autoridad. La estupidez y la crueldad de los emperadores romanos hacen que el “lector imparcial” se ponga del lado de las conspiraciones contra ellos⁴¹. La justicia como virtud está en la base, pues, de la justicia como administración formal y por eso tiene una autonomía de última instancia que se reconoce en el derecho de resistencia y, en general, en la supremacía de los derechos con respecto a la legislación.

John Rawls (1971) plantea que uno de los principios de la justicia social sobre los cuales se erige la igualdad y la libertad en el utilitarismo es a través de la incorporación de un cuerpo de derechos y deberes ciudadanos capaces de imponerse a reclamos de ciertos grupos quienes basados en preferencias razonables, pero particulares evocan derechos

⁴⁰ Smith Adam. *Lecturas sobre Jurisprudencia*, Editadas por R.L. Meek, D.D. Raphael y P.G. Stein. Indianápolis, Liberty Classics, 1982. Citaré el informe de 1762-3 como LJA y el de 1766 como LJB y el libro en general como LJ. En castellano, *Lecciones sobre jurisprudencia* (Curso 1762-3). Introducción de M. Escamilla Castillo, traducción de Manuel Escamilla Castillo y José Joaquín Jiménez Sánchez. Granada, Editorial Comares, 1995 (en adelante, *Lecciones*). Las citas corresponden a LJA, i.1 y i.9; p. 5 y 7 de LJ.

⁴¹ Smith Adam. *Lecturas sobre Jurisprudencia*, op cit (B), 93-4; p. 434 de LJ. Véase también *Teoría de los Sentimientos Morales*, VI.ii.2.13 y ss., en pp. 232. ver también Ian Simpson. *The Life of Adam Smith*. New York, Oxford University Press, 1995.

fundamentales aceptados por todas las mayorías.⁴² Por ejemplo, en la gran mayoría de las Constituciones Políticas de los países se defiende la justicia y la igualdad de trato para todos los ciudadanos.⁴³

El filósofo norteamericano Rawls propone la existencia de un contrato social Hipotético. Este es un contrato sobre la moralidad ciudadana bajo la idea de que debe respetarse el valor intrínseco de cada individuo; o la idea de que existe un deber especial de proteger prioritariamente a los más vulnerables. Para Rawls el contrato tiene sentido porque refleja nuestro estatus moral igual, la idea de que, desde el punto de vista moral, la suerte de cada uno tiene la misma importancia – todos contamos por igual – nos sirve para modelar la idea de que ninguna persona se encuentra inherente subordinada frente a los demás. Dicho contrato Hipotético viene a negar y no a reflejar nuestra desigual capacidad de negociación. No en igualdad en el poder físico, sino igualdad en nuestro estatus moral que obliga a desarrollar una preocupación por garantizar la imparcialidad.

El utilitarismo Rawlsiano⁴⁴ afirma que una sociedad justa debe tender, en lo posible, a igualar a las personas en sus circunstancias, de modo tal que lo que ocurra con sus vidas quede bajo su propia responsabilidad. Sin embargo, las consecuencias futuras de dichos actos pueden afectarlo no sólo a él sino también a otros y vulnerar sus derechos. Por ejemplo, si un hombre decide renunciar a sus riquezas y decide vivir libremente, sin tener que trabajar, llena de austeridades, sin bienes materiales, totalmente ermitaña. Pero si éste hombre decide hacerse padre no es justo que imponga a su hijo vivir de igual manera, ya que además de la desigualdad económica, el niño

⁴² Rawls, John. (1971). Teoría de la Justicia. México: Fondo de la cultura económica, primera reimpresión 1997. Igual libertad de conciencia 196-201

⁴³ Es así como ante la acalorada presión interna y externa que ejercen sobre el presidente de Colombia algunos ciudadanos nacionales e internacionales para que autorice una zona de despegue y se pueda llevar a cabo “*el canje humanitario*”: desarmamiento de guerrilleros (por parte del Gobierno Nacional) y entrega de secuestrados políticos (por parte de la narco-guerrilla). Lo que ante el mandato constitucional de que todos los hombres son iguales ante la ley, no es aceptable, ya que en el derecho a la vida y a la seguridad debe primar la de una inmensa mayoría sobre la de unos pocos. Por tanto, los términos de negociación para el intercambio no pueden ser sencillos, por cuanto no pueden dejarse de lado estrictas condiciones de seguridad nacional, a pesar del dolor de los familiares por el lamentable estado en que se encuentran los secuestrados en manos de la guerrilla.

⁴⁴ Rawls, John. (1971). Teoría de la Justicia. México: Fondo de la cultura económica, primera reimpresión 1997. Utilitarismo clásico, imparcialidad y benevolencia, paginas 177-184.

también padecerá frente a los demás la desigualdad en talentos intelectuales o cognitivos. Tales desigualdades pueden llegar a ser en el futuro del niño más importantes en el logro de la felicidad y niveles de satisfacción que las simplemente económicas. Por lo que es necesario persuadir u obligar al padre a optar por un comportamiento social y moral distinto.

Si para la filosofía del igualitarismo una persona igualada a los demás en sus circunstancias, decide vivir de forma diferente a los demás o alcanza un nivel de vida menor que la del promedio porque prefiere el ocio frente al trabajo, entonces tales situaciones no son moralmente responsables, dado que son el producto de las elecciones que hizo el individuo, la idea es que cada uno debe asumir el costo de sus elecciones, de tal forma que este individuo ya no es una víctima de su destino sino un actor consiente del futuro que el mismo se fabricó para sí. El problema que se plantea es, ¿qué hacer, cómo imponer u obligar a los hijos a sufrir el costo de la mala elección del padre?

La satisfacción como Placer y Felicidad. Epicuro.

Tanto Adam Smith como John Stuart Mill economistas y filósofos del sentimiento de la simpatía leyeron al filósofo griego de Samos, Epicuro y compartieron de él algunas de sus más grandes enseñanzas como, por ejemplo, que el placer o el logro de la felicidad no consistía en los goces materiales sino en la verdadera amistad, en el culto del espíritu o en el cuidado de sí mismo y en la práctica de la virtud.

Después de un gran examen racional y de haber vivido hasta la saciedad el placer, Epicuro (341-270 a de C) llegó a la sorprendente conclusión sobre las auténticas fuentes de la vida placentera o de la felicidad, él consideraba en primer lugar:⁴⁵

1. La Amistad: decía Epicuro “de todos los medios de los que se arma la sabiduría para alcanzar la dicha en la vida, el más importante con mucho es el tesoro de la amistad”.⁴⁶

⁴⁵ De Botton, Alain (2000). *Las Consolaciones de la Filosofía: para tomarse la vida con filosofía*. México: Editorial Tauros.

⁴⁶ Epicuro (siglo II a de C). *Sobre la felicidad*. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Máximas capitales, aforismo 27, página 44.

No existimos a menos que alguien sepa de nuestra existencia; todo cuanto decimos carece de significado hasta que alguien lo comprende, y está dispuesto a seguirnos escuchando. La amistad permite compartir y crear ideas, estar rodeados de amigos equivale a la constante afirmación de nuestra identidad de seres humanos creativos y espontáneos.

A través de la amistad el amigo muestra su conocimiento y preocupación por el otro, la amistad posee la facultad de arrancar al otro de su parálisis al ampliar su visión del mundo. Con sutiles comentarios, muchas veces jocosos, demuestra estar al tanto de sus manías y aceptarlas, con lo que le reconoce un lugar en el mundo,⁴⁷ sabe cuáles son sus necesidades fundamentales y está presto a ayudar. Por lo que Epicuro advertía que un puñado de auténticos amigos es capaz de dispensar el amor y el respeto que ni siquiera una fortuna puede reportarnos.

Por lo que la primera condición para la felicidad está en la utilidad de la amistad, pero:

“No es verdadero amigo ni el que busca en todo la utilidad, ni el que jamás la une a la amistad. Pues el uno se convierte en tendero de favores con la idea de recompensa y el otro corta de raíz toda buena esperanza para el futuro”⁴⁸

El amigo que busca de la amistad una relación comercial no inspira confianza en quien la recibe, pues sabe de antemano que jamás podrá contar con él como apoyo moral, ya que su amistad es sólo producto del mero interés, es por tanto fría y calculadora, es no verdadera en el sentir. Pero el amigo que no tiene interés en contar con el otro como apoyo moral social e intelectual desalienta la amistad, se vuelve innecesario. La verdadera amistad se alimenta de la confianza, del dar y recibir, de compartir y ser compartido, de construir sueños y sentir la compañía de poderlos realizar, del reconocimiento, del respeto y del crecimiento mutuo. Es decir, de hallar cosas comunes en el alter que alienten la felicidad en el cuidado de sí.

2. La Libertad: Epicuro y sus amigos con el fin de no verse obligados a trabajar para gente que no era de su agrado, ni a satisfacer

⁴⁷ Lo anterior es lo que Abraham Maslow llama, en el triángulo, Necesidad de Pertenencia. Todo individuo busca el pertenecer a sociedades o grupos sociales.

⁴⁸ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Exhortaciones de Epicuro, aforismo 39, página 53.

eventualmente caprichos humillantes; se apartaron de las ocupaciones de los negocios del mundo ateniense e instauraron lo que bien podría decirse como una comuna, aceptando un estilo de vida más simple a cambio de la independencia, tendrían menos dinero pero jamás se verían obligados a cumplir órdenes de odiosos superiores.

“(58). Hemos de liberarnos de la cárcel de los intereses que nos rodean y de la política. (67). Una vida libre no puede adquirir grandes riquezas por no ser cosa fácil de conseguir sin servilismos al vulgo y a los poderosos. (77). El más grande fruto de la autosuficiencia es la libertad.”⁴⁹

Al distanciarse los epicúreos de los parámetros atenienses, habían dejado de juzgarse a sí mismos por un rasero material. Vivir ajenos al meollo político y económico de la ciudad, nada había que demostrar en lo referido a las finanzas. Los individuos dejarían de ser competitivos entre ellos mismos, salirse de las fauces de una sociedad comercial, para ser ellos mismos y no el resultado de sus finanzas, garantizaría la libertad para el logro de la felicidad.

Pero quizás el aporte, entrelineas, más significativo de Epicuro en la utilidad de la libertad como principio de la felicidad radica en la capacidad que tiene el ser humano como ser racional e inteligente de poder autoregularse socialmente, la temperancia, el no dejarse dominar por las pasiones o por el embrujo de las cosas, de aprender de la experiencia y comandar su propio destino, de gobernar sobre sus apetitos, sobre lo que él mismo ha creado. Es decir, a diferencia de lo que consideran algunos bioéticos fatalistas al creer que el hombre por ser “utilitarista”⁵⁰ es víctima ineludible del consumo y de todo el egoísmo de la economía; tendrá que pagar con su exterminio las consecuencias.⁵¹ Pero no es así el hombre es un dios que socialmente

⁴⁹ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Exhortaciones de Epicuro, aforismo 58, página 55, aforismo 67, página 56 y aforismo 77, página 57.

⁵⁰ Tal afirmación tiene una significación negativa que da a entender egoísmo puro (*selfishness*).

⁵¹ Me refiero especialmente a la conferencia del Ph.D, José Luis del Barco Collazos. “Bioética”. Universidad Pontificia Bolivariana. Auditorio de la Facultad de Derecho. Septiembre 16-21 de 2007, de las 17:00-20:00 horas. En Dicha conferencia se afirmó que el hombre era víctima de su creación; la tecnología y el afán de consumo de bienes gobernaban sobre él y no él sobre ellas. Afirmación hecha por el conferencista el día miércoles 19 de septiembre de 2007. El profesor, Ph.D José Luis del Barco Collazos es docente de la Universidad de Málaga – España.

tiene la capacidad de racionalizar lo bueno o lo malo de su creación y es capaz de comandar sobre ella, de imponerse por amor propio (*self love*) sobre las instituciones y demás obras de sus manos. Para ello le sirve la experiencia y la razón. Tal aseveración fatalista no puede ser creíble, por cuanto desmiente el carácter del utilitarismo en su fin social y de la economía como ciencia social. Los fines de la política económica es el bienestar social no particular, mejorar las condiciones de vida de la población, de desarrollo y crecimiento.

La comunidad o el jardín de Epicuro representan el autogobierno y el autocontrol social, la discusión o el inconformismo que precede al cambio y lo cuestiona. Representa el dominio del hombre sobre las cosas y las instituciones por él creadas, de esta manera se convierten en un llamado de atención sobre todos aquellos que se dejan llevar por la fantasía de las cosas y creen ver en el afán de la ciudad la felicidad, es un llamado a la conciencia del control. Ya que no debe ser socialmente posible que los hombres valoren más los placeres que brinda el dinero a los de la verdadera amistad. Ni que se vuelvan esclavos de la moda o del tener bienes superfluos e innecesarios creyendo que con ello son más felices, dejando de lado la unión familiar y la vida tranquila por el estrés.

La libertad social o el libre ejercicio de la espontaneidad permite a los individuos expresar con sus acciones lo que creen es lo mejor o lo más virtuoso para sí y para los demás, lo que facilita la existencia del autocontrol social. De esta manera, lo que para unos resulta ser bueno para otros parece no serlo; pero al poder ambas fuerzas mostrarse socialmente dejan ver lo bueno y lo malo que hay en ellas con lo que se facilita el control social y por tanto, la prosperidad general. Es así como, a lo largo de la existencia de la humanidad la sociedad como un todo ha mejorado en su bienestar o calidad de vida, de tal manera que un pobre de hoy puede vivir mucho mejor que un rico de hace 100 años. En otras palabras, es posible afirmar que la utilidad social ha aumentado.

3. La Reflexión: existen pocos remedios para la ansiedad mejores que la reflexión. Al plasmar un problema por escrito o al asumirlo en una conversación, dejamos que afloren sus aspectos esenciales. Y así, al conocer su naturaleza, eliminamos sino el problema mismo al menos sus características secundarias que lo agravan; confusión,

desubicación, sorpresa. Para el crecimiento de una comunidad es necesario la reflexión.

“Daños provienen de los hombres, por odio, por envidia o por desprecio, cosas que el sabio supera con su razonamiento. Más incluso el que ha llegado a hacerse sabio una vez no adquirirá ya más la disposición de ánimo contraria, ni la fingirá por su propia voluntad. Se contendrá más en sus pasiones, para que no puedan estorbarle en su sabiduría.”⁵²

En el mundo helénico del cual procedía el pensamiento epicúreo Atenas fue la ciudad que más le inspiró. Dos de las ciudades griegas más disímiles eran Atenas y Esparta. La primera era una ciudad individualista y comercial; la segunda, colectivista y patria de guerreros.

En Atenas el Estado no intervenía en la vida de los individuos era un sistema democrático participativo, no representativo, donde cada hombre libre intervenía en las decisiones comunes, lo que les fortalecía en la reflexión social, en el conocimiento político de la *polis* y en los deberes legislativos para el logro del bienestar general. En Esparta, el Estado era una monarquía de dos reyes, donde un consejo de ancianos elaboraba las leyes que deberían ser aprobadas por una asamblea de ciudadanos. La educación del ciudadano y de los hijos en Atenas era considerada un deber moral no obligada por el Estado. En Esparta, la educación era obligatoria. Hasta los siete años los niños eran criados por los padres y después entrenados militarmente por el Estado, las mujeres espartanas eran también educadas, ya que la sociedad no permitía que la futura madre de sus guerreros fuera un ser totalmente ignorante,⁵³ como sí ocurría, a los atenienses que por ser ciudadanos de la cuna del pensamiento libre se permitía la existencia de la ignorancia y, por tanto, se toleraba la desigualdad ciudadana.

La existencia del pensamiento libre en Atenas facilitaba el diálogo ciudadano como método de búsqueda del conocimiento, de hacerse sabio, de aprender argumentar una posición, de ampliar las fronteras del yo al poder entender los sentimientos del otro, las necesidades de mí

⁵² Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Acerca del sabio, página 59.

⁵³ García Londoño, Andrés. (2003). “Humanidad y conocimiento: una historia de supervivencia.” Medellín: Revista Universidad de Antioquia, julio-septiembre de 2003, número 273, página 34.

alter, de poder conjugar en un mismo escenario –areópagos- lo político, lo jurídico, lo económico, lo filosófico y lo social. Era la mejor manera de participación ciudadana para lograr acuerdos vinculantes en pro de la utilidad o del bienestar general, de comprometer las partes y de hacer entrar en razón las particularidades, lo que mejoraba la justicia garantizaba el orden, la prosperidad económica y social, de la *polis*.

Epicuro. La utilidad como sinónimo de felicidad.

Para Epicuro, sí tenemos dinero sin amistad ni libertad ni vida reflexiva, nunca seremos felices de verdad. Y si gozamos de estas últimas, entonces, aún careciendo de fortuna, nunca seremos infelices. Con el fin de subrayar lo que resulta esencial para la felicidad y aquello a lo que cabe renunciar, sin grandes pesares, en caso de que se nos niegue la prosperidad a causa de la injusticia social o del desorden económico; vamos a aclarar lo que es y no es necesario para el logro de la felicidad, según Epicuro:⁵⁴

Natural necesario	y	Natural innecesario	pero	Ni Natural ni necesario
Amigos		Una gran mansión		Fama
Libertad		Baños privados lujosos		Poder
Reflexión		Banquetes		
Comida		Sirvientes		
Cobijo		Carruajes		
Ropa		Teléfonos móviles		

La capacidad que el dinero posee en proporcionar felicidad ya está presente en los salarios bajos y no se incrementa en los más altos. Con mayores desembolsos no dejaremos de ser felices, Epicuro insiste en que no sobrepasaremos por esta vía las cotas de felicidad ya accesibles a quienes poseen ingresos limitados. Los gustos sencillos producen

⁵⁴ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Máximas capitales, aforismo 29, página 44. En carta a Meneceo el apartado [127], página 25.

igual satisfacción que un tren de vida suntuosa, siempre y cuando sea eliminado absolutamente todo lo que hace sufrir por falta de aquello. No seríamos felices con un vehículo más lujoso pero sin amigos; con una casa de campo pero sin libertad; con sabanas de lino pero con excesiva ansiedad como para dormir.

En la medida en que se desatiendan las necesidades esenciales no materiales, la curva de la felicidad se mantendrá obstinadamente baja. Para evitar adquirir lo que no precisamos o lamentarnos por lo que no está a nuestro alcance deberíamos preguntarnos con todo el rigor, en el momento en que deseamos un artículo costoso, si hacemos bien en desearlo. ¿Qué me sucederá si se cumple el objeto de mí deseo y qué si no se cumple? ¿Cabe ser feliz sin el objeto deseado? Si se halla alguna excepción, entonces el objeto deseado no puede ser condición necesaria y suficiente de la felicidad.⁵⁵

Pero, ¿Sí las cosas caras no pueden reportarnos un gozo significativo por qué atraen tan poderosamente?

Por un error, afirma Epicuro, porque los artículos caros pueden antojársenos como soluciones plausibles a necesidades que no acertamos a comprender. Los objetos se nos mimetizan en el plano material ante aquello que precisamos en el plano psicológico. Así por ejemplo; En sustitución del consejo y de la compañía de una buena amiga nos compramos una chaqueta fina de cuero. La débil comprensión de nuestras necesidades se agrava por lo que Epicuro designaba como la “opinión sin sentido” de quienes nos rodean, la cual no refleja la jerarquía natural de nuestras necesidades, sino que se enfatizan el lujo y las riquezas, y rara vez la amistad, la libertad y la reflexión.⁵⁶

⁵⁵ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Acerca del sabio, página 57, aforismo 71.

⁵⁶ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Carta a Meneceo (D.L.X.122-135), páginas 23-29. Las opiniones sin sentido las enfatiza Epicuro desde el papel del sabio quien no vive pensando en la inmortalidad sino en el disfrute de la vida, ya que él no le teme a la muerte. Vive la vida con placer, del mismo modo “que del alimento no elige cada vez el más abundante sino el más agradable, así también del tiempo, no del más duradero sino del más agradable disfruta” (página 25). El sentido de la vida está en la tranquilidad del alma, es decir en la de entender que en la vida misma esta la muerte y en la felicidad el dolor. Es permanecer imperturbable al no sufrir dolor en el cuerpo ni turbación en el alma, es cuidar de sí, mantener una vida prudente de la cual nacen las virtudes de la reflexión, la honestidad y la sensatez.

Pero toda esta confusión no es natural ella surge como un resultado de las campañas de las empresas comerciales, a quienes les interesa desvirtuar nuestra jerarquía de necesidades, con el fin de promover una visión materialista y consumista de los bienes, minimizando la importancia de lo invendible. Puede que terminemos comprando una gran finca con grandes terrenos bien podados y sin cultivar cuando, para Epicuro, lo que andábamos persiguiendo era la libertad. Quizás lo que compramos sea un delicioso aperitivo o un gran banquete pero lo que en realidad andábamos buscando, era amistad.

Tal vez adquiramos un sofisticado equipamiento para el baño aunque, para Epicuro, es en la reflexión donde encontraremos la calma. Para contrarrestar el poder de las imágenes lujosas, los epicúreos reconocían la importancia de la publicidad. Generalmente no se nos anima demasiado a prestar atención a las pequeñas satisfacciones tales como jugar con el hijo, charlar con un amigo, pasar la tarde al sol, tener limpia la casa, comer un bocadillo con un pequeño trozo de queso, etcétera.

“Cuando, por tanto, decimos que el placer es fin no nos referimos a los placeres de los dioses o a los que se dan en el goce, como creen algunos que desconocen o no están de acuerdo o mal interpretan nuestra doctrina, sino al no sufrir dolor en el cuerpo ni turbación en el alma. Pues ni banquetes ni orgias constantes ni disfrutar de muchachos ni de mujeres ni de peces ni de las demás cosas que ofrece una mesa lujosa engendran una vida feliz, sino un cálculo prudente que investigue las causas de toda elección y rechazo y disipe las falsas opiniones de las que nace la más grande turbación que se adueña del alma. De todas estas cosas principio y mayor bien es la prudencia, de ella nacen todas las demás virtudes, porque enseña que no es posible vivir feliz sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir feliz. Las virtudes, en efecto, están unidas a la vida feliz es inseparable de ellas”⁵⁷

Es necesario reconocer que una campaña publicitaria epicúrea bien montada tuviese el poder de precipitar el colapso económico global. Si

⁵⁷ Epicuro (siglo II a de C). Sobre la felicidad. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995. Carta a Meneceo, página 27.

tenemos en cuenta, que para Epicuro, la mayor parte de los negocios estimulan deseos innecesarios en la gente. Nos vemos así abocados a una elección: por un lado las sociedades que estimulan deseos innecesarios logrando en consecuencia, una extraordinaria fortaleza económica; y por otro lado, las sociedades epicúreas que garantizarían las necesidades materiales esenciales, pero no elevarían jamás los estándares de vida por encima del nivel de subsistencia.

En un mundo epicúreo, critica Adam Smith (1759), no habría momentos colosales ni avances tecnológicos y serían pocos los incentivos para comerciar con continentes lejanos. Una sociedad en la que las necesidades de la gente fuesen limitadas sería también una sociedad de escasos recursos; y sin embargo, si damos crédito al filósofo, tal sociedad no sería infeliz. Es así como para Epicuro las necesidades cubiertas por los bienes costosos no pueden ser aquellos de los que depende nuestra felicidad. Nuestra felicidad a de depender más como dice John Stuart Mill, Adam Smith y Epicuro de la prudencia, del autogobierno, del autocontrol, cualidades que han de ser sembradas en el individuo a través de la educación y de la correcta instrucción.

En conclusión.

El concepto de utilitarismo tiene como fundamento la búsqueda del bienestar general, tanto del individuo en particular como el de la sociedad como un todo. El fin del utilitarismo es el de mejorar las condiciones de vida de la humanidad tanto sociales como políticas, jurídicas y económicas; para lograrlo la economía política ha puesto en marcha mecanismos que van desde el despertar de los sentimientos de simpatía en los hombres como condición natural de su innatismo social, hasta el uso de las matemáticas.

El utilitarismo como acción moral enseña al hombre cuáles serían los beneficios o los resultados sociales de bienestar si se controlan los impulsos o los deseos del egoísmo puro. Por lo que el utilitarismo para ser realidad demanda de la instrucción particular en valores sociales como el dialogo, la benevolencia, la templanza, el autocontrol, la prudencia, el amor y el respeto a los demás.

Pero quizás el valor personal que principalmente demanda el utilitarismo del individuo es el amor así mismo, el cuidado de sí. Para ello es necesario que el ser humano comprenda dos cosas fundamentales de su naturaleza:

- La imposibilidad absoluta de abastecer, por sí sólo, todas sus necesidades ontológicas y fisiológicas sin la pérdida de mejores condiciones de vida.
- Por ley natural él es un ser social y por tanto, su vida en sociedad depende en gran medida de su capacidad de dar y recibir. Del aprecio y la estima capaz de granjearse para sí y para los demás, de la prudencia.

De allí la importancia que tiene para la sociedad y para el Estado la educación del individuo, la instrucción de las masas. La sociedad deberá ser un espejo para el hombre, deberá fomentar en los niños el amor, el respeto, la tolerancia, las virtudes de una vida civil, de tal manera que cuando llegue a ser hombre sea capaz de procurarse lo que es agradable tanto para sí como para el grupo, ya sea porque busca explícitamente la felicidad de los demás, o bien porque sin proponérselo, al actuar con la debida prudencia de querer vivir bien genera bienestar y felicidad para sí, para los suyos y para otros.

El utilitarismo demanda del hombre el saber obrar con prudencia. Una persona prudente muestra ante sí y ante los demás su carácter civil, por lo que con madurez asume la autodeterminación y el autocontrol de sus actos necesario para el bienestar de todos, lo que le permite disfrutar de ese sentimiento de felicidad, de aprobación, de saberse acompañado; lo que obviamente es mucho mejor al de saberse odiado.

De esta manera, el utilitarismo supone que todo hombre desea para sí lo que es bueno, lo que le potencia en su felicidad, por tanto lo que es malo para un hombre sensato ha de serlo también para la sociedad, ya que en él, como para todos los demás hombres, existe el afán natural por la felicidad, el de llevar una vida placentera, prospera y en paz; lograr que tales anhelos lleguen cada vez a un mayor número de ciudadanos es el objeto final del utilitarismo.

La prudencia lleva al hombre a buscar no sólo su beneficio, sino también el de la sociedad como un todo imprescindible, afirma el padre

de la economía, ya que para el logro de la verdadera felicidad, los actos más humanos, no exigen abnegación ni dominio sobre sí mismo, ni un gran esfuerzo del sentido de lo apropiado. Consisten simplemente en hacer lo que esa exquisita simpatía, por sí sola, nos incita a llevar a cabo: humanidad, justicia, generosidad y espíritu público, que son las cualidades de mayor utilidad para los demás. Y son, por tanto, el fin del utilitarismo por ser una categoría social

Finalmente, el hombre no es víctima ineludible del consumo, ni la economía como un todo se basa exclusivamente en el egoísmo; ya que el hombre como ser inteligente, racional y espontáneo tiene la capacidad de racionalizar lo bueno o lo malo de su creación y es capaz de comandar sobre ella, de imponerse por amor propio (*self love*) sobre las instituciones y demás obras de sus manos. Para ello le sirve la experiencia. Creer o afirmar lo contrario sería desmentir la capacidad de raciocinio del hombre e igualarlo a la estupidez animal. Sería desmentir el carácter del utilitarismo en su fin social y de la economía como ciencia social. Los fines de la política económica es el bienestar social no particular, mejorar las condiciones de vida de la población, de desarrollo y crecimiento.

Bibliografía.

- Bentham, Jeremy. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. Oxford: The Clarendon Press, 1879.
- De Botton, Alain (2000). *Las Consolaciones de la Filosofía: para tomarse la vida con filosofía*. México: Editorial Tauros.
- Epicuro (siglo II a de C). *Sobre la felicidad*. Bogotá- Colombia: Grupo editorial Norma, edición de 1995.
- García Londoño, Andrés. (2003). "Humanidad y conocimiento: una historia de supervivencia." *Medellín: Revista Universidad de Antioquia*, julio-septiembre de 2003, número 273.
- Hutcheson, Francis (1725). *An Inquiry Concerning Moral Good and Evil*. D.D. Raphael, British Moralist. Clarendon Press, Oxford, 1969, Volumen I.
- Mill, John Stuart. (1873). *Autobiografía*. Madrid: Alianza editorial, edición de 1986.

- Mill, Jhon Stuart (1848). *Principles of Political Economy*. Nueva York, Ashley editors, §8. (Edición castellana: Principios de economía política. México: Fondo de la cultura económica, 1951.
- Mill, John Stuart (1838). Bentham. Obra publicada originalmente en la London and Westminster Review. Estudio preliminar de Carlos Mellizo, editorial Tecnos, Madrid 1993.
- Mill John Stuart (1863). El Utilitarismo. Madrid, España: Alianza editorial, Filosofía, traducción de Esperanza Guizan, edición de 2002.
- Muñoz Cardona, Ángel Emilio. 2006. "Del sentimiento de la prudencia o la mano invisible de la moral" Revista Lecturas de Economía, Universidad de Antioquia, Medellín, julio- diciembre, número 65, pp 223-240.
- Napoleoni, Claudio. (1956). Diccionario de economía política. Valencia- España: Editorial Alfredo Ortells, Tomo II, edición de 1982.
- Ralws, John. (1971). Teoría de la Justicia. México: Fondo de la cultura económica, primera reimpresión 1997.
- Smith, Adam (1759). Teoría de los Sentimientos Morales". Madrid: Alianza editorial, Estudio preliminar por Carlos Rodríguez Braun, edición de 1997.
- Smith Adam. Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones. México: Fondo de la Cultura Económica/ Serie de Economía, edición de 1997.
- Smith Adam. Lecturas sobre Jurisprudencia,. Editadas por R.L. Meek, D.D. Raphael y P.G. Stein. Indianápolis, Liberty Classics, 1982.
- Sidgwick, Henry. (1902). Outlines of the History of Ethics. London, Macmillan, fifth editions.